

# Esa espléndida Victoria Ocampo

(SVP). Victoria Ocampo es, sin duda alguna, una de las figuras deslumbrantes de nuestro continente en lo que va de siglo. No es solamente su talento de escritora, su garra de ensayista, la cultura verdadera, la erudición profunda que la asisten, su estilo tan suyo, a un tiempo familiar y elegante en el que escribe como quien conversa, su impecable manejo del castellano, los que configuran su relieve de mujer extraordinaria. Es ante todo su pasión humanística por penetrar en lo más tierno y más secreto del ser humano, su empeño en comunicarse personalmente, convencida de que la mirada, la sonrisa, el gesto que se niega, el gesto que se da, constituyen el verdadero acento, patético, indescriptible, vulnerable, único, del pensar y el sentir de cada quien. De allí su empeño generoso en reunir a su alrededor los creadores de todas las latitudes, de visitar ella también, en todo el mundo, a aquellos escritores que admiraba y con los cuales sentía una afinidad que sólo podía florecer cabalmente en el diálogo.

Por eso las Europas y las Américas la vieron pasar, elegante, inquieta, con su tez muy blanca y sus cabellos muy oscuros, su cara ovalada, sus ojos profundos. Y es tal la fuerza de su personalidad, tal el carisma que irradia, que una aura impalpable pero cierta, que aún hoy a los ochenta y tantos años de su edad, hace que se diga de ella, como la cosa más natural del mundo: ¡Qué hermosa mujer! De no haber sido tan intelectual pura, tan verdadera estudiosa, tan rigiamente do-

tada del don divino de comprender y del otro igualmente difícil de admirar, su belleza física hubiese podido perjudicar su talento de escritora.

No ocurrió así. La trabajadora desvelada que fundó en 1931 la Revista Sur y la mantuvo desde entonces hasta hoy, de puertas abiertas y luz encendida para los escritores notables del mundo, ha dado, ella también, una obra propia admirable.

Digna de figurar en su propia antología — porque ésto y no otra cosa viene a ser el correr de los años esa insigne revista Sur, donde el gusto depurado de Victoria y su apertura de gran erudita ha dado lugar a mucho de lo más hermoso escrito en estos tiempos — Victoria Ocampo, en sus ensayos, siempre llenos de luz, alcanza a menudo una excelencia que trasciende la labor que ella misma se ha impuesto. Cuando habla del “Orlando” de Virginia Wolf, por ejemplo, sus sutiles observaciones, su gracia un tanto irónica, sus hondas reflexiones al filo de lo que narra, llegan a constituir unas páginas tan portentosas como las de la propia Virginia Wolf, la que no tenía un pequeño cuarto suyo, donde hacer florecer en paz su ingenio. Victoria Ocampo, en cambio, tiene una casa, una mansión más bien, hermosa y llena de invalorables recuerdos. Esta casa, la famosa San Isidro, — de donde fechaba ella sus escritos y sus cartas, a Jorge Luis Borges, a Eduardo Mallea — que tanto la amó — al Conde de Keyserling, — que de mucho amarla regañó con ella — y a tantos otros altos intelectuales de Europa y de América: Camus, Malreaux, Caillois, el famoso traductor de

Borges, Sartre, Simone de Beauvoir, Aldos Huxley, Ramón Sender, Germán Arciniegas, John Steinbeck, y otros muchos talentos universales que cruzaron con ella ideas claras como espadas.

Esta casa, ilustre por mil conceptos, acaba de ser donada por Victoria Ocampo a la Unesco, para que allí se realicen encuentros y programas culturales de todo el mundo, para que el amor de su recuerdo renueve, una vez más, el diálogo fecundo, en el cual ella cree y del cual sigue siendo vivo testimonio. Porque son sus testimonios, hoy en día ya clásicos, la aguda presencia de su tierra, de su gente, de su siglo que es el nuestro. Lo que ella llamó una vez su “manía de testimonio” brota de la convicción profunda de dos verdades que envano algunos literatos a la carrera tratan de olvidar o de poner de lado; que no hay cultura posible sin una concatenación de pensamientos, un conocimiento de lo que el hombre, — en este caso preciso, el escritor —, lleva hecho hasta ahora; y que no es posible apreciar a fondo los propios valores, las características propias, las virtudes peculiares, sin un elemento de comparación con lo de fuera. Un “point de repaire”, que dicen los ingenieros. Victoria lo ha utilizado para levantar esa hermosa arquitectura de su obra, la escrita y la vivida. Su empeñoso estudio de todo o casi todo lo que de mérito por el mundo se escribe, su interés en difundirla, obedecen no solo a un amor de artista por lo bello, sentimiento avasallante, sino también como dijo ella en cierta ocasión, si bien se refería a otra cosa — que en el fondo viene a ser la misma “corresponden a un afán de autoconocimiento”.